

grimas y los clamores de tantos inocentes fueron para él el mas cruel suplicio; pero su constancia quedó siempre invicta. El rey cada dia mas furioso hizo grandes amenazas al papa, diciéndole que llevaria su resentimiento hasta los últimos excesos; pero todo fué en vano. Restablecido Enrique de una peligrosa enfermedad, suplicó al papa enviara á Inglaterra un legado *à latere* para terminar todas estas diferencias. Pero temiendo igualmente que el santo prelado fulminase contra él desde Pontiny los anatemas de la Iglesia, escribió una carta llena de amenazas al capítulo general del Cister, diciendo que, si proseguian en dar asilo al santo prelado, iba á echar de Inglaterra á todos los religiosos cistercienses. Luego que nuestro santo tuvo noticia de esta carta, salió de Pontiny, y se retiró al monasterio de Santa Columba.

No habiendo surtido efecto las proposiciones de paz que se hicieron á Enrique, el rey de Francia, compadecido de la larga opresion de nuestro santo, determinó ser él mismo el mediador entre el santo y su rey, y hacer que volviera á ocupar su silla. Tuvo algunas conferencias con Enrique, que se hallaba en Normandía, y consiguió de él que se viera con el santo prelado, el cual, habiendo entrado en la junta donde estaba su rey, se fué á echar á sus piés; pero este no se lo permitió, antes bien se bajó para levantarle: imploró su clemencia, y le dijo que dejaba toda su causa al arbitrio del rey, como quedase salva la honra de Dios. Esta cláusula alteró al rey, y le irritó; pero, vuelto de su rebato, se serenó y se aplacó; y habiéndole hecho algunas proposiciones, que el santo creyó no podia aceptar en conciencia, esta conferencia solo sirvió para aumentar el mérito del prelado, y dar nuevo lustre á su paciencia, la que le fué bien necesaria en las humillaciones que tuvo que sufrir. Estando el rey de Inglaterra en Mont-Martre,

dijo al rey de Francia que echaba á un lado todos sus resentimientos, y que Tomás podia volverse á su iglesia. Un santo sacerdote, volviendo á Sens con el santo, le dijo con espíritu profético, que se habia tratado de la paz de la Iglesia en la capilla de los Mártires; pero que, segun le parecia, la paz solo se lograria con su martirio. Á lo que el santo le respondió: Que nada deseaba tanto como que su sangre fuese el precio de esta libertad.

No habiendo podido el rey conseguir la deposicion del arzobispo de Cantorbery, buscaba todos los medios de molestarle, y hacerle perder los derechos de su iglesia. Hizo coronar por el arzobispo de Yorck al principe Enrique su hijo, resistiéndolo el papa y el primado; pero bien pronto se arrepintió de lo hecho. El papa declaró al arzobispo de Yorck por suspenso y excomulgado, y fulminó las mismas censuras contra todos los obispos que habian asistido á la coronacion del jóven principe; é hizo decir al rey de Inglaterra que, si no volvia la paz á la Iglesia, se veria precisado á poner entredicho en todos sus estados. El rey, que estaba ya arrepentido de todas sus violencias, se rindió á las paternales amonestaciones del papa. Dijo que queria verse con el arzobispo de Cantorbery: se tuvo la conferencia en una gran praderia, que se llamaba el prado de los Traidores. Se concluyó la paz con mucha sinceridad por parte del santo, y con grandes demostraciones de benevolencia por parte del rey, el que no pudo dejar de derramar lágrimas de ternura cuando vió al santo á sus piés. Habiéndose despedido el arzobispo del rey, y dado muchas gracias á todos los que le habian favorecido en Francia, se fué al puerto de Witsan en Picardía para pasar á Inglaterra. El arzobispo de Yorck, su enemigo personal, y los otros obispos de su partido nada omitieron para hacerle perecer, ó á lo menos impedir el

que desembarcara. Llegó felizmente á Sandwich, no lejos de Cantorbery, donde entró el día siguiente 2 de diciembre, y fué recibido con aclamaciones y aplausos de todo el pueblo y de todo el clero, así secular como regular. Su entrada fué una especie de triunfo, y tuvo, al parecer, alguna semejanza con la de Jesucristo en Jerusalem, que fué seguida de su muerte pocos días despues.

Apenas habia llegado el santo á su iglesia, cuando el arzobispo de Yorck y los obispos de Londres y Salisbery le enviaron á decir de parte del rey que absolviera á todos los obispos que estaban entredichos ó excomulgados. Pero como no admitian las justas condiciones que el santo les pedia, creyó no podia pasar adelante. Los tres prelados, autores y cabezas de la cabala, pasaron á Normandía para calumniar al santo delante del rey, á quien tuvieron la insolencia de decir que desde que el santo habia llegado á Cantorbery no habia hecho otra cosa que obrar y hablar contra la honra y el servicio de S. M., y contra las costumbres del reino. El rey crédulo, y todavía resentido contra el santo, se arrebató hasta decir en presencia de toda su corte que maldecia á cuantos habia honrado con su amistad, pues no tenian valor para vengarle de un sacerdote, que le daba mas que hacer y mas sinsabores él solo que todos sus vasallos juntos. Cuatro de sus oficiales, Reinaldo de Ours, Hugo Norvilla, Guillelmo de Tracy y Ricardo Breton, hombres sin conciencia y de una vida disipada, se obligaron allí mismo con juramento á ir á asesinar al santo arzobispo.

El santo, que hacia tiempo no hablaba sino de su próxima muerte, se retiró á su iglesia á celebrar la gran fiesta de Navidad con su clero y su pueblo; predicó por la última vez, y les anunció su muerte como si hubiera tenido revelacion de ella; pasó las tres fes-

tividades en la iglesia de dia y de noche, ofreciéndose sin cesar en sacrificio con un fervor extraordinario: el dia siguiente al de los Inocentes, 29 de diciembre, llegaron los asesinos á Cantorbery; y habiendo entrado en su cuarto, le hicieron unas proposiciones las mas escandalosas, sin tener para ello orden alguna del rey. El santo les respondió como correspondia á un gran prelado y á un héroe cristiano. Mas aquellos impios le dijeron al retirarse que su constancia espiritual le costaria la vida. No huiré, les dijo sonriéndose, y con su mansedumbre ordinaria; esperaré tranquilamente la muerte, y me tendré por muy dichoso en morir por los intereses de la Iglesia. Habiéndose retirado á la iglesia despues de esta mortificacion á cantar el oficio divino, vió muy luego rodeada la iglesia de soldados con los asesinos á su frente. Los religiosos y los clérigos se sorprendieron, é hicieron ademán de cerrarla y defenderse, para lo cual se ofrecia el pueblo á ayudarlos; pero el santo lo estorbó, diciendo que el templo del Señor no debia fortificarse ni guardarse como el campo de un ejército. Entonces, habiendo entrado los asesinos con espada en mano, empezaron á gritar: ¿Dónde está el traidor? ¿dónde está el arzobispo? A estos gritos, dejando el santo su silla, y poniéndoseles delante, les dijo: Yo soy el arzobispo; pero no soy traidor: estoy pronto á morir por mi Dios, por la justicia y por la libertad de la Iglesia; pero con toda la autoridad que Dios me ha dado os conjuro que no hagais el menor mal á ninguno de mis religiosos, de mis clérigos ó de mi pueblo. Luego volviéndose hácia el altar, y juntando las manos, exclamó: Encomiendo mi alma y la causa de la Iglesia á Dios y á la Virgen santísima, á los santos patronos de este lugar, y á san Dionisio mártir. Apenas hubo dicho estas palabras cuando Reinaldo, uno de los asesinos, le descargó el primero en la cabeza

un sablazo, con lo que el santo cayó de rodillas cubierto todo de sangre, y al mismo tiempo dos de los otros asesinos le atrevaron sus espadas por el pecho; y al ir á espirar, el cuarto de estos malvados le rajó la cabeza, y le hizo saltar los sesos sobre el pavimento. Así consumó su martirio este ilustre y santo prelado, gloria de su nacion, y uno de los mas gloriosos ornamentos de su iglesia; murió el 29 de diciembre del año de 1170, á los cincuenta y tres de su edad, y el noveno de su obispado.

Toda la Europa mostró el dolor que le causaba la muerte del obispo de Cantorbery, y todo el mundo cristiano se horrorizó al oír el asesinato ejecutado en la persona del mas santo y mas eminente prelado de su tiempo. Su cuerpo, que se halló vestido de un áspero cilicio, muy mortificado con sus continuas penitencias, y consumido por sus muchos trabajos, fué enterrado en la iglesia sin ceremonia alguna. Los asesinos saquearon el palacio arzobispal, y consternaron toda la ciudad. Varios santos religiosos de Inglaterra, Francia y Palestina tuvieron revelacion de su muerte al mismo tiempo que sucedió.

La nueva de esta muerte consternó tanto al rey Enrique, que, arrepentido de cuanto habia hecho, estuvo muchos dias sin comer ni beber hecho un mar de lágrimas. Envió al instante embajadores al papa Alejandro III, que le protestaran que este asesinato se habia ejecutado sin preceder la menor orden suya; que confesaba que él habia sido la causa y el motivo por una palabra indiscreta que se le habia soltado, y que se sujetaba á la penitencia que gustase imponerle. El papa envió dos legados para informarse de lo acaecido, los que, viendo que el rey á todo se sometia, le impusieron una penitencia pública proporcionada al delito; y habiendo ido despues á la puerta de la iglesia, se postró en tierra, y bañado en lágrima-

mas, recibió la absolucion de los legados en presencia del clero y del pueblo.

Se miró esta conversion del rey como uno de los primeros milagros del santo, al que se siguieron otros muchos estupendos que se obraban todos los dias en su sepulcro; lo que obligó al papa Alejandro III á canonizarle solemnemente tres años despues de su muerte, habiendo precedido todas las formalidades ordinarias. Por sincero que fuese el arrepentimiento de Enrique, sin embargo no dejó Dios de vengar la muerte del santo de un modo muy terrible. La espada de la disension no salió de su familia desde entonces. Los dos principes sus hijos se rebelaron contra él, y trajeron á su partido al conde de Flandes y al rey de Escocia. Se vió á pique de ser destronado, y aun de perder la vida. Pero comprendiendo de dónde le venian tantas desdichas, determinó expiar su pecado con una penitencia pública. Habiendo hecho juntar un gran número de obispos en Cantorbery, se presentó ante ellos con los piés descalzos, con un vestido ordinario, y sin séquito. Habiendo llegado al sepulcro del santo, bañado en lágrimas, y prorumpiendo en grandes sollozos, se postró con el rostro en tierra, confesó públicamente su pecado, pidió perdon á Dios y al santo; luego descubriéndose las espaldas, quiso que todos los prelados le diesen cinco disciplinazos, y mas de ochenta religiosos cada uno tres; pasando lo restante del dia y de la noche siguiente en vela, en oracion y en ayuno. Se olvidó para siempre de las injustas pretensiones que habian sido el asunto de su querrela contra santo Tomás, y aumentó los derechos y rentas de su iglesia. Dios aceptó su penitencia. El rey de Escocia fué vencido y hecho prisionero, y los dos principes sus hijos vinieron á echarse á sus piés para implorar su clemencia. Los asesinos fueron asaltados de un terror continuo que les hizo pasar el

resto de sus dias en una especie de frenesí que no los dejó hasta la muerte, y todo el mundo fué testigo de su terrible suplicio. El rey de Francia, Luis el Joven, fué en persona al sepulcro de santo Tomás á pedirle la salud de su hijo primogénito, que fué despues Felipe Augusto. San Luis dió á la abadía de Royaumont la cabeza del santo, la que obtuvo del rey de Inglaterra. Enrique VIII, habiéndose rebelado contra la Iglesia, concibió tanta aversion á nuestro santo, que cometió la impiedad de hacer quemar sus santas reliquias.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cantorbery en Inglaterra, la fiesta de santo Tomás, obispo y mártir, quien, por la defensa de la justicia y de la inmunidad eclesiástica, fué acuchillado en su basilica por una faccion de hombres impios, y rindió su alma á Jesucristo.

En Jerusalem, san David, rey y profeta.

En Arlés, la fiesta de san Trófimo, de quien habla san Pablo en su epístola á Timoteo. Ordenado de obispo por este apóstol, fué el primer enviado á aquella ciudad para predicar en ella el Evangelio de Jesucristo. De este manantial de predicacion, como lo escribe el papa san Zósimo, recibió la Galia los raudales de la fe.

En Roma, san Calixto, san Félix y san Bonifacio, mártires.

En Africa, el suplicio de san Domingo, san Victor, san Primiano, san Libosio, san Saturnino, san Crescencio, san Segundo y san Honorato, mártires.

En Viena de Francia, san Crescente, discípulo del apóstol san Pablo, y primer obispo de aquella ciudad.

En Constantinopla, san Marcelo, abad.

En el país de Hiemois, san Evroul, abad y confesor, en tiempo del rey Childeberto.

En Bourges, el tránsito de san Ursino, primer obispo de aquella ciudad.

En Noiseau en el Anjou, san Alberto de Cambron, abad.

En Dikelyen en la diócesis de Cante. san Hilduarto, obispo de Tul.

En Roma, el tránsito de san Félix, papa, primero de este nombre.

Este mismo dia, san Satur, mártir.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Libanos, abad.

En Milan, el tránsito de san Martiniano, obispo.

En Birmingham en Irlanda, santa Eleonor, martirizada por los herejes.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, pro cujus Ecclesia gloriosus pontifex Thomas gladiis impiorum occubuit; praesta, quaesumus, ut omnes qui ejus implorant auxilium, petitionis suae salutarem consequantur effectum. Per Dominum nostrum...

O Dios, cuyos intereses defendió el glorioso pontífice Tomás muriendo por la Iglesia á manos de los impíos, conceded que todos los que imploran su ayuda, reciban el efecto saludable de su peticion. Por nuestro Señor...

*La epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.*

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, ut offerat, dona et sacrificia pro peccatis; qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en orden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como